

# El “freak show” y lo político en las crónicas de viaje de Martín Caparrós y Leila Guerriero

---

Susana Cerda Montes de Oca

Universidad Católica Pázmány Péter, Hungría

susana.cerda@btk.ppke.hu

## Resumen

Uno de los escritores argentinos contemporáneos más famosos actualmente es el cronista Martín Caparrós. Junto con él, Leila Guerriero es quizá la cronista argentina más reconocida. Tanto él como ella “literaturizan” el periodismo pero ambos escriben crónicas de manera muy distinta, es decir, sus preocupaciones temáticas son diferentes: para uno la crónica debe ser política, para la otra, transgresora. Sin embargo, las diferencias entre ellos disminuyen cuando escriben sobre experiencias de viaje. El objetivo de este trabajo es examinar las crónicas tituladas “El sí de los niños” de Caparrós y “Filipinas: viaje al otro lado del mundo” de Guerriero para explorar y discutir sobre la crónica urbana hispanoamericana en el siglo XXI.

Palabras clave: crónica, viaje, turismo, prostitución infantil.

## Abstract

Currently one of the most famous Argentine writers is Martín Caparrós. Along with him Leila Guerriero is perhaps the most renowned Argentine chronicler. Caparrós and Guerriero write literary journalism in different ways and their themes and concerns are very different. For the former the chronicles must be political, and for the latter they have to be transgressive. However, differences among them tend to lessen when they write about travelling experiences. The aim of this paper is to examine, on the one hand, “El sí de los niños” by Caparrós, and on the other, Guerriero’s “Filipinas: viaje al otro lado del mundo” in order to explore and discuss about the Spanish American urban chronicle in the 21st century.

Keywords: chronicle, travel, tourism, child prostitution.

La crónica urbana en la literatura argentina contemporánea, como en el resto de Hispanoamérica, ha cobrado una gran importancia tanto en el ámbito periodístico y literario, como en el editorial y académico. Son varios los factores que determinan el auge de este género híbrido, uno de los cuales es el fácil acceso a este tipo de narrativa que ofrece la posibilidad de comprender la compleja realidad urbana de Latinoamérica y los problemas *glocales*, lo cual proporciona a los lectores un fidedigno periodismo de investigación de alta calidad literaria.

Martín Caparrós y Leila Guerriero “literaturizan” el periodismo. Por “literaturizar” podemos entender la forma de narrar, es decir, las estrategias discursivas para representar la realidad de la que hablan, pero también se trata del ritmo del lenguaje, así como los temas morales, universales, que los cronistas abordan. Sus enfoques temáticos tienden a ser diferentes: mientras que para Caparrós lo más importante de la crónica es su valor político, para Guerriero es un espacio que permite reflexionar sobre personajes extravagantes de la sociedad. Esta distinción en sus preocupaciones temáticas —problemas sociales contra personajes periféricos— parecería colocarlos en extremos opuestos de la amplia producción cronística de América Latina. No obstante, cuando prestamos atención a las crónicas de ambos, en las cuales narran experiencias de viaje, las diferencias entre estos dos cronistas parecen diluirse.

El objetivo de este trabajo es examinar las crónicas “El sí de los niños” de Martín Caparrós y “Filipinas: un viaje al otro lado del mundo” de Leila Guerriero para explorar y discutir cómo la experiencia de viaje les permite abordar y debatir el tema de la pedofilia.

### **El “freak show” y lo político**

En una entrevista publicada en la revista digital española *Jotdown*, Jorge Carrión sugiere que aquellas crónicas que se centran en personajes extravagantes, en las rarezas de la sociedad, son una especie de “freak show” y confronta a Caparrós con la idea de una “domesticación” de la crónica. Caparrós reacciona a esta afirmación declarando que le preocupa que “contra esa crónica que se reivindica marginal e intenta molestar, oponer, criticar, activar” se oponga “una crónica caniche, bien

peinada” (Carrión, “Nadie”). Puesto así, esa crónica de “freak show” parecería ser meramente un espectáculo circense carente de una de las características centrales de la crónica: lo político. Sin embargo, al enfocar la mirada a las actividades y comportamientos estrambóticos de algunos miembros de la sociedad, este tipo de crónica también llama la atención sobre conductas transgresoras que de algún modo cuestionan el *statu quo* de esas sociedades a las que pertenecen y que los considera “freaks”.

Para Leila Guerriero, hablar sobre personajes es hacerlo sobre personas comunes que tienen alguna obsesión, que cuentan una leyenda sobre sí mismas: “Me parece estupendo seguir contando las historias de los niños con moscas, pero también me parece que hay otras historias que merece la pena contar: historias de clases altas o historias con un final feliz. Que son historias más difíciles de contar, protagonizadas por gente buena, entre comillas” (cit. en Hermoso). Esta cita nos plantea la posibilidad de entender otra cara de esa idea de “domesticación”: no como una forma de someter o reducir lo que se informa, sino de adaptar la crónica y acostumbrar a los lectores a reflexionar sobre aspectos más cotidianos pero no menos polémicos o menos transgresores.

La diferencia más radical y evidente entre estos dos cronistas es la perspectiva desde la que abordan temas de la realidad. Caparrós es deliberadamente político en cuanto que busca provocar una reacción. Guerriero se interesa por reconocer y consignar los comportamientos de individuos que, de alguna u otra forma, desafían las expectativas de la sociedad a la que pertenecen. A pesar de esta distinción, lo que tienen en común Caparrós y Guerriero es que ambos autores contribuyen con la resignificación o redefinición de sucesos y mensajes para tratar de entender tanto la vida como la cultura que los articula. En este sentido, las crónicas de ambos cumplen una función social: acusan, condenan, explican.

Merece la pena reflexionar sobre los campos profesionales que cada uno declara porque esto arroja luz sobre la manera en que ambos abordan los temas narrados en sus crónicas. Mientras que Caparrós se identifica como escritor y fotógrafo, Guerriero se presenta como periodista. La distinción en los campos profesionales resulta relevante para entender sus crónicas y la forma en que estructuran, relatan y ficcionalizan historias reales. Jorge Carrión afirma que la mirada, el punto de vista desde el cual escribe un cronista, es fundamental: “los cronistas

son observadores que no dejan pasar su oportunidad y la transcriben” (Carrión, *Mejor* 16). Es la subjetividad la que permite capturar el presente conflictivo, un fragmento de esa realidad que se intenta comprender. La obra de Caparrós abarca tanto la crónica como la novela, mientras que la obra de Guerriero es solamente periodística y ésta es posiblemente la diferencia más marcada entre ellos. La mayoría de las crónicas de Caparrós suele tratar sobre los viajes, y aunque su preocupación radica, sobre todo, en problemas sociales como el hambre, éstos siempre los aborda desde una experiencia de desplazamiento. Guerriero, por otro lado, se ha especializado en crónicas de perfil que le permiten desarrollar a personajes o, incluso, a grupos de personajes (como en el caso de la crónica “El rastro de los huesos”, Premio Nuevo Periodismo 2010 de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano). Sus enfoques, por lo tanto, incluso cuando comparten temáticas, como en este caso la del viaje, son distintos. Podría decirse que Martín Caparrós, como fotógrafo, intenta capturar toda una realidad y enfocar solamente un objeto, un tema, una historia. Como novelista es capaz de desarrollar las voces de los personajes que protagonizan esas historias que cuenta en sus crónicas. Leila Guerriero, como periodista, persigue objetividad en narrar hechos que parecen ser inenarrables y sabe indagar y encontrar la pregunta adecuada que detona respuestas y que revelan las historias que a ella le interesa que sean conocidas.

### **Miradas, preguntas, historias**

“El sí de los niños” de Caparrós fue publicada por primera vez en diciembre de 2005 en la revista *Letras Libres*, mientras que “Filipinas: viaje al otro lado del mundo” apareció en la revista digital *Anfibia*. Ambas publicaciones tienen una gran circulación y son de acceso libre y gratuito mediante internet; ambas se especializan en crónica y ensayo en general, y ambas coinciden en que tratan temas de interés amplio. Estas revistas y, en concreto, las crónicas de Caparrós y Guerriero son un ejemplo de lo que Juan Poblete describe como “la lógica *glocalizante*” de la crónica que media entre la “especificidad local de las situaciones, los sujetos y a menudo los lenguajes de [una] cotidianidad específica y procesos globales que

reconocen actores y temas [*glocales*]” (Poblete 86). Caparrós y Guerriero tienen un tono, un ritmo, puntos de vista diferentes y, por lo general, atienden diferentes cuestiones. Sin embargo, en las crónicas analizadas aquí encontramos que hay una preocupación en común. Los microcontextos desde los cuales invitan a reflexionar sobre un problema global son diferentes, pero el macroproblema que tratan/indagan/cuestionan es el mismo: la injerencia de la industria del turismo en la explotación sexual infantil.

Tanto “El sí de los niños” como “Filipinas: viaje al otro lado del mundo” se pueden considerar crónicas de viaje; esto es, narrativas de lugar que hablan tanto de personas como de paisajes, entornos/espacios físicos para describir cómo son y lo que allí sucede. Por lo mismo, fundamentalmente tratan tres aspectos: el lugar (considerado tanto el espacio físico como el ambiente sociocultural), las personas y el desplazamiento del viaje. Uno de los contrastes entre estas dos crónicas es que Caparrós enfoca su atención en las personas y Guerriero en los lugares.

### “El sí de los niños”

El título de la crónica de Martín Caparrós recuerda inevitablemente a la obra de Leandro Fernández de Moratín (escritor español neoclásico, autor de la pieza teatral “El sí de las niñas”) y sugiere que la historia que narra tendrá relación con la comedia original. Sin embargo, el posible paralelismo que se puede encontrar entre ambas obras está relacionado, por un lado, con el tema de la diferencia de educación entre niñas y niños y, por otro, con la obediencia de los hijos a los padres. La crónica trata del turismo sexual e indaga específicamente una circunstancia en Sri Lanka: “Y con el turismo llegaron los pedófilos”.

La pedofilia es un tema difícil de tratar y de investigar porque nadie quiere estar asociado con pedófilos. Es un tema moralmente condenable, tabú incluso, pero además, como el mismo Caparrós lo explica en esta crónica, es un tema del que científicamente se sabe muy poco:

Nadie sabe por qué los pedófilos se vuelven pedófilos. Yo me leí varios artículos sobre la cuestión, y todos hablan de los previsibles traumas infantiles, necesidades de afecto insatisfechas, dificultades para relacionarse, que se

descubren precisamente porque el fulano empieza a manotear criaturas. Como quien dice que la pelota rueda porque es redonda y es redonda porque rueda. Y los artículos suelen terminar diciendo que, de todas formas, nadie sabe por qué los pedófilos se vuelven pedófilos.

Uno de los aspectos más notables de esta crónica es que, a pesar del riesgo del estigma, Caparrós elige investigar el turismo sexual en Sri Lanka desde la perspectiva de los pedófilos. Se hace pasar por uno para poder hablar con ellos, con los intermediarios y con los niños, pero nunca se identifica con ellos; incluso abiertamente los condena: “—¿No le parece que a estos tipos habría que matarlos?”

En general, el tono que utiliza intenta ser ecuánime, pero hay una constante fricción entre la intención de hablar desapasionadamente del tema y el escándalo que es en sí mismo y el cual Caparrós manifiesta al tener que hacerse pasar por pedófilo para poder escribir objetivamente. La incomodidad del cronista es evidente, por ejemplo, cuando declara desde el principio: “Me parece que puedo pegarle o hacerle una pregunta más. Querría preguntarle por qué hace lo que hace pero no debo, porque Bert tiene que suponer que yo soy uno de ellos...” También en la sección donde introduce al proxeneta que lo lleva con la historia principal: “Yo sabía que tenía que ir, pero me estaba dando un terrible retortijón en el estómago” [...] “Mientras vamos juntos por las calles del pueblito, la gente me mira, sabe de qué se trata y yo me hundo de vergüenza”. Es aquí donde se crea el pacto de la no ficción entre autor y lector en esta crónica. El desagrado que expresa el cronista ante la situación en la que se encuentra nutre de tensión la narrativa; el lector comparte el disgusto, reprueba el comportamiento, pero también quiere conocer la situación de primera fuente.

La crónica está dividida en diez partes y es una narrativa anacrónica que comienza *in medias res* para presentarnos la situación de la que va hablar, así como el punto de vista que adoptará para investigar la historia a través de un personaje:

Bert tiene cuarenta y nueve años, y sus dos hijos ya están en la universidad. Su señora se ocupa de la casa donde viven, cerca de Düsseldorf, y parece que desde que los chicos se fueron ella se aburre un poco, aunque Bert dice que él siempre le dio lo mejor y que no tiene de qué quejarse, y debe ser cierto. Bert usa esos

anteojos de marco finísimo y unos labios muy finos y una sonrisa fina de óptico germano al que uno le entregaría los ojos sin temores. Bert tiene el pelo corto, muy prolijo, y una vida intachable. Sólo que, en cuanto puede, una o dos veces por año, cuando la empresa óptica donde trabaja lo manda a la India, Bert viene a darse una vuelta por Sri Lanka, el centro mundial de la prostitución de chicos. El resto de sus días es un ciudadano modelo y vive del recuerdo.

Éste es el tipo de turistas pedófilos con los que Caparrós interactúa y que presenta tal y como los ve, no como unos monstruos sino como hombres comunes y corrientes:

Suelen parecer la gente más normal: un abogado francés, un bancario australiano, el óptico Bert, un jubilado suizo. Ni Bert ni los otros me contaron demasiado por qué les gustaban tan chicos. Sus comentarios no eran razones.

Lo que contribuye a exponer aún mejor uno de los problemas más graves de la pedofilia y que pocas veces es tomado en cuenta para entender la situación: “No se sabe por qué los pedófilos se vuelven pedófilos. ‘Los monstruos no están abusando de estos chicos: los abusadores son todos gente común y corriente’”, continúa Caparrós. La poca investigación que hay sobre este tipo de desviación sexual, como lo explica Elizabeth Lafournet, contribuye a que haya pocas medidas efectivas sobre cómo tratarla, cómo prevenirla y, sobre todo, cómo evitar la victimización de menores.

Caparrós presenta el círculo vicioso del turismo sexual en Sri Lanka y enfoca la atención a otro personaje: el proxeneta, cuya historia es presentada, en su mayor parte, en forma de diálogo:

—¿Y hace mucho que viniste por aquí?

—Vine cuando tenía diez. Tenía que irme de mi pueblo. Tenía miedo de que me vendieran.

[...]

—Trabajé para ese hombre hasta que tuve diecinueve años. El tipo nos llevaba a casas de hombres blancos o habitaciones del hotel, según. Pude aguantar más porque soy bajito, y parecía más pequeño. Pero a los diecinueve me tiró a la calle.

Cuando llegan a esa edad los chicos ya son demasiado viejos: se quedan fuera del circuito y no tienen demasiadas posibilidades de reciclarse. Algunos, los más astutos, siguen en el ramo como intermediarios, *cafishos*...

Bobby, el *cafisho* con el que Caparrós habla, cumple también con la función de intermediario lingüístico entre él y el último eslabón de esta cadena: Jagath, el niño prostituido. Simbólicamente podemos ver que tampoco en esta interacción la víctima tiene voz propia, sino que es la voz del *cafisho* y la descripción del cronista a través de las cuales conocemos su historia: “Jagath hablaba bajito, en un tono siempre igual, como quien odia sin violencia, bastante más allá de la violencia”.

El cronista evidencia la vulnerabilidad de las víctimas al explicar que él mismo, al entrevistar a este chico, abusa de su desamparo y dependencia:

Jagath era flaquito, tenía un par de mataduras en los hombros, miraba para abajo. Por un momento tuve la sensación de que le daba más miedo este relato que su trabajo habitual: era espantoso. Cada tanto, Bobby me recordaba que tenía que pagarle las trescientas rupias que habíamos acordado. El dinero es casi todo para él: el chico se guarda, como mucho, cincuenta de las trescientas rupias. Y Bobby le lleva tres o cuatro gringos por día, lo que encuentre. Yo le decía que sí y me sentía una basura.

A pesar de que Caparrós centra la atención en estos tres personajes para mostrarnos cómo funciona en la práctica cotidiana el turismo sexual en Sri Lanka, también señala que esta interacción es consecuencia de las costumbres y políticas establecidas. Nos informa que el negocio de la prostitución infantil “mueve unos cinco millones de dólares por año”, y se calcula que aproximadamente “hay en el mundo un millón de menores prostituyéndose”. Además, afirma que en Sri Lanka el turismo sexual se ha especializado en chicos y explica por qué:

Hay quienes dicen que fue, curiosamente, culpa del machismo: las niñas, en Sri Lanka, están muy controladas, porque es fundamental que lleguen vírgenes al matrimonio. En cambio, los muchachitos pueden andar libremente por ahí, sin restricciones.

Al hablar del turismo sexual en Sri Lanka, Caparrós evita caer en explicaciones culturales, como la antes citada. Aclara que el suponer que en la cultura cingalesa la prostitución infantil es considerada una forma aceptable de negocio es justificar el argumento de los pedófilos, quienes actúan ilícitamente sólo cuando están como turistas en el extranjero porque en este tipo de lugares/culturas es una práctica aceptable.

La crítica más fuerte de esta crónica, sin embargo, no se efectúa contra este tipo de turistas o contra las familias pobres que optan por prostituir a sus hijos, sino contra la falta de políticas, tanto nacionales como internacionales, que se comprometan con erradicar el problema. Caparrós nos informa que, según un estudio, veinte por ciento de los niños cingaleses ha sido sexualmente abusado, lo que revela la magnitud del problema a nivel nacional y la ineptitud de las medidas tomadas. Explica que, a pesar de que a nivel internacional hay países que han creado mecanismos para perseguir a sus ciudadanos que se involucran en este tipo de prácticas, hay otros, como Inglaterra, que no lo han hecho. Esto, aunado a las débiles medidas del gobierno de Sri Lanka, deja a los chicos, sobre todo a los más pobres, muy vulnerables a caer en redes de prostitución. “Las leyes existen. Lo que no existe es la voluntad de hacerlas cumplir”, le dice Maureen Seneviratne (una reconocida periodista y socióloga cingalesa); ella le explica que el problema más grave no son los aficionados como Bert, sino los “peces gordos” que han invertido en Sri Lanka y que han hecho de la pedofilia un negocio turístico. Al invertir, estos extranjeros adquieren mucho poder y el gobierno se hace de la vista gorda ante sus negocios ilícitos. Otro periodista con el que se entrevista Caparrós (que pidió permanecer anónimo por miedo a los pedófilos), así como el Padre Pinto (un defensor de los niños a quienes intenta rescatar de las redes de prostitución y rehabilitarlos), le confirman que esos inversionistas, esos pedófilos, son muy poderosos y peligrosos.

El desenlace de la crónica queda abierto, y de hecho, termina en forma de diálogo cuya última línea es la de Caparrós mismo preguntándose: “—¿En mi país?”, obligando a voltear la mirada a Argentina y, en general, a toda América Latina para reflexionar sobre las condiciones de explotación infantil que existen también allí.

### Filipinas: viaje al otro lado del mundo

La crónica de Leila Guerriero es una narrativa de viaje más convencional, en el sentido de que narra una experiencia de viaje que abarca el punto de partida, el trayecto y el punto de llegada, además de seguir una cronología lineal que coincide con el desplazamiento durante el viaje. La crónica está dividida en treinta y un partes, cada una de las cuales narra una impresión de viaje, lo que de alguna manera evoca a un diario y nos permite imaginar que cada sección corresponde a una impresión por día.

La crónica inicia con un epígrafe de Rodolfo Walsh: “Simplemente quiero decir que si en algún lugar de este libro escribo ‘hice’, ‘fui’, ‘descubrí’, debe entenderse ‘hicimos’, ‘fuimos’, ‘descubrimos’” (en su prólogo a la tercera edición de *Operación masacre*), el cual indica que, aunque la historia está narrada en primera persona, la experiencia de viaje ocurrió en colaboración, posiblemente, con el fotógrafo, cuyo trabajo ilustra el texto. Lo primero que hace Guerriero es indicarnos que el sujeto protagonista-narrador-viajero es un periodista que está de vacaciones, y cuya intención es no mirar, no indagar, evitar entender; en otras palabras, es una anomalía. En esta crónica el “freak” es ella misma, la cronista/narradora que nos cuenta su historia de viaje.

Desde el título mismo de la crónica se infiere que, principalmente, la atención se centra en el lugar: Filipinas, un sitio lejano (al otro lado del mundo) que conlleva la idea de ser exótico. Sin embargo, lo primero que afirma Guerriero es que, a pesar de las cuarenta horas de viaje desde Buenos Aires hasta Manila, Filipinas no parece estar al otro lado del mundo: “Aquí las calles son iguales a las de cualquier suburbio de Latinoamérica”. Esta paradoja (viajar al otro lado del mundo para llegar a lo que parece el mismo sitio desde el cual se ha partido) también es posible considerarla como una estrategia de familiarización por parte de la cronista para ayudar al lector, argentino o hispanoamericano, en todo caso hispanoparlante, a imaginar mejor el lugar del cual va a hablar. La única característica genuinamente diferente que ella encuentra, y que destaca como auténtica de Manila, es una forma de transporte público: “Cada tanto aparece un *jeepney* —camiones de trompa roma y colores intensos—”.

Como habla desde la perspectiva de una periodista de vacaciones que no quiere buscar información ni explicarla, lo que hace es describir en un tono más bien despreocupado lo que va observando a lo largo del viaje. El lugar al que más espacio dedica en la crónica es Manila, una ciudad que encuentra parecida a cualquiera de las grandes urbes Latinoamericanas: “La ciudad parece salida de una película de ciencia ficción de los ochenta, cuando el futuro se pensaba como una versión húmeda y empeorada de un suburbio de la Nueva York de aquellos años”, imagen que recuerda la noción monsivaisiana de urbe “postapocalíptica”, donde lo peor ya ha pasado y el desorden es lo normal. Un eco de esta idea, y complemento a la descripción de Manila, la encontramos en la siguiente impresión: “La plaza Miranda, un sitio neoapocalíptico donde ríos de carne humana se mueven entre edificios grises bajo las ubres pesadas de los cables comprando ropa y zapatos, jugos y comida, flores y muebles, pescado seco y mangos dulces”. Esta imagen de ciudad desmedida, de lugar insufrible, de cataclismo, de nuevo fin de mundo, se amplifica en descripciones sensoriales como las siguientes:

Ermita [...] es un barrio de Manila muy desconcertante, sumergido alternativamente en un sopor moribundo o en una energía desamparada o en una hostilidad desértica.

[...]

Para llegar al [mercado] de San Andrés hay que recorrer una calle atravesada por callejones que se doblan hacia adentro de la manzana como espinazos enfermos y, desde el fondo de sus fauces, lanzan espumarajos de sogas repletas de ropa. Las casas parecen ruinas ateridas después de un terremoto y el cielo está atravesado por el triperío sangrante de los cables.

Guerriero presenta a Filipinas, concretamente a Manila, como un sitio semejante a cualquiera de las grandes urbes latinoamericanas y muestra que el parecido radica, principalmente, en ser un proyecto urbanístico fracasado. Señala que las mismas franquicias multinacionales homogenizan el paisaje y, al igual que en ciudades como la Ciudad de México, Caracas o Buenos Aires, el *mall* (o centro comercial) se ha convertido en el centro social más importante. Revela que rige

una estética de consumo que fomenta la ilusión de igualdad social y de desarrollo, el cual contrasta notablemente con los mercados tradicionales que muestran más bien una realidad caótica.

Dos descripciones de Manila son notables porque incitan a imaginar las sensaciones visuales, táctiles, auditivas y olfativas del ambiente y el paisaje de esta ciudad:

En ciertas partes reina esa tensión grumosa que antecede al peligro, aunque después casi nunca pasa nada.

[...]

El mercado no es bueno —no hay frutas raras, ni especias raras, ni verduras raras— pero el olor es una sorpresa: es un olor fuera de la galaxia, una mezcla impactante de moho y transpiración, una cruz mestiza de todas las axilas del mundo y el sexo mal lavado de los peces.

Ambas descripciones hablan de esta ciudad como un lugar desagradable que desestabiliza la imagen de folleto turístico que normalmente se presenta de Filipinas. Incluso sobre las islas paradisíacas que afirma haber visitado la cronista, la imagen que proyecta del lugar no es positiva:

El sol ya está bajo cuando llego a la playa y, apenas pongo un pie, me quiero ir. Se llama White Beach y consiste en dos o tres kilómetros de arena blanca, pero el problema es todo lo demás: la calle que la recorre, repleta de hoteles, restaurantes, bares, casas de buceo, tiendas, carpas, poltronas, personas que gritan, beben, se amontonan, compran, comen y se hacen masajes —y tatuajes con *henna*— entre música a niveles que no dejan respirar y malabaristas transexuales que arrojan *kerosene* y fuego por la boca.

Muestra una cara del desigual desarrollo urbano, producto del turismo masivo, que pone en duda la idea de Filipinas como un destino atractivo. La cronista trata de distinguirse de los turistas a pesar de hacer cosas de turista y muestra con esto dos caras del turismo que son polémicas. Por un lado, los turistas son una fuente de ingresos para el país y sociedad receptora, pero por otro lado el impacto de miles de visitantes tiende a ser negativo, sobre todo para el medio

ambiente. Un ejemplo de esto es cuando habla de las excursiones organizadas para visitar los arrecifes:

En Crocodile Island, hay docenas de barcos y de cada uno han bajado quince personas y el mar hierve. Pero ya estoy allí y me sumerjo. Lo que hay bajo el agua no es asombroso pero hace rato —cuatro, cinco años— que no me asomo a un arrecife de esta parte del mundo, y resulta una experiencia tan intensa como cuando uno pasa mucho tiempo sin ir al cine y, un día, va. Los corales están muertos, rotos por las anclas, pero aquí y allá hay cardúmenes de peces, algún coral muy vivo, anémonas.

Otra distinción que hace entre ella (una periodista argentina de vacaciones) y los turistas, es con respecto a los visitantes “primermundistas”:

En el bote van dos chicas israelíes de 23 años. Recorren los mejores sitios de buceo de Asia, llevan mochilas ínfimas y tienen esa clase de buena disposición —todo lo pueden comprender, todo les parece formidable— que a mí siempre me ha parecido una forma primermundista de la condescendencia [...].

Por las noches, en los restaurantes que balconean sobre la playa, los europeos y los gringos se sientan munidos de *tablets* y *blackberrys* y pasan ratos inmensos sin levantar la vista y sin hablar entre sí.

La actitud que observa en estos turistas revela un comportamiento de sentido de superioridad sobre la cultura huésped y, por otro lado, contrasta implícitamente con la actitud de la cronista, que deliberadamente se distingue de ellos afirmando que ella no viaja así: ni con artefactos electrónicos ni con disposición de aceptar o comprenderlo todo.

Junto con las descripciones postcataclísmicas de Manila y la postinvasión turística de las islas, Guerriero también reflexiona sobre la situación política, económica y social de Filipinas. Un ejemplo: cuando indica que una preocupación en este país es el turismo sexual e insinúa que la prostitución infantil es un problema: “en un país donde el fornicio con la carne tierna atrae a tantos extranjeros, es

complejo entender el empeño de quienes maquillaron esos labios púberes hasta volverlos pulpa roja”. Es con respecto a esta cuestión que la cronista representa el punto de vista desde el cual observa y comenta:

Boracay, como casi cualquier rincón de Filipinas, está repleto de occidentales y cada occidental —en diversos estadios de edad y de guapeza— lleva a su filipina de la mano. Si yo hubiera venido aquí como periodista sería capaz de contar, ahora, cómo funcionan esas relaciones, por cuánto tiempo se establecen, de dónde vienen esas chicas, hacia dónde van esos señores, cómo se paga y qué. Pero no tengo ganas de averiguar nada y me limito a contar lo que veo que es la peor forma de contar: sin entender.

La última declaración de esta cita deja abierta la posibilidad de seguir especulando sobre esta situación específica y, de manera más amplia, sobre el problema del turismo sexual y su estrecha relación con la prostitución infantil. La crónica cierra con la siguiente frase: “Así es como me voy de ese país sin entender nada. Sin querer buscar explicaciones”, lo que nuevamente pone de manifiesto que, en esta ocasión, el personaje anómalo, el “freak”, es ella misma: la periodista de vacaciones que no quiere conseguir ni publicar información “relevante”.

## Conclusiones

Al inicio se menciona que, en estas crónicas, la experiencia de viaje sirve como el motivo o pretexto para abordar un tema tabú como es el de la pedofilia. Esto ocurre porque viajar, desplazarse de un lugar, permite, entre otras cosas, reflexionar sobre lo conocido o familiar y lo desconocido, así como poner en perspectiva el conocimiento disponible sobre algún hecho o asunto. El tipo de viaje que hacen estos cronistas es diferente: Guerriero viaja a Filipinas por ocio mientras que Caparrós viaja a Sri Lanka específicamente para investigar sobre el turismo sexual. Los lugares que visitan son diferentes; sin embargo, el problema *glocal* —la influencia del turismo en Asia— que ambos observan es el mismo. Ambos cronistas señalan que el impacto del turismo en la región es muy importante, tanto en sus

aspectos positivos como negativos. Es decir, desde el crecimiento económico hasta la degradación ecológica, el impacto de la visita de millones de turistas ha fomentado cambios en las estructuras socioculturales. Al grado de que uno de los grupos más vulnerables de la sociedad, los niños, queda prácticamente desamparado ante la demanda del turismo sexual, que es un fenómeno tanto económico como político en toda la región.

En “El sí de los niños”, Caparrós abarca todas las instancias involucradas en este problema: los pedófilos, los proxenetes, los niños prostituidos, los turistas, los políticos y, en contraparte, los defensores de los derechos humanos de los niños. Mientras que en “Filipinas: viaje al otro lado del mundo”, Guerriero se centra más en el lugar-ambiente para mostrarnos la decadencia urbana y sus problemas sociales colaterales. Muestra a Filipinas a través de la mirada de una periodista de vacaciones que se sitúa al margen del grupo convencional de turistas del primer mundo —a quienes critica— y de los que se diferencia por ser mujer —que no participa de la prostitución de chicas— y por ser latinoamericana.

Ambas narrativas representan experiencias de viaje auténticas, en el sentido en que los viajeros/cronistas, desde sus diferentes perspectivas (una como turista, otra como periodista de investigación), logran transmitir su experiencia de inmersión y conocimiento con respecto de los lugares que visitan. Esto les permite a los cronistas desplazar la mirada de su lugar de origen a Asia para invitar a reflexionar sobre un problema que también afecta a Latinoamérica (donde se encuentra mayoritariamente la audiencia a la que va dirigida cada una de estas crónicas), y del que normalmente no se habla en relación con la industria del turismo. Cabe concluir que, a pesar de las aparentes diferencias entre Caparrós y Guerriero, en ambas crónicas encontramos tanto lo “freak” como lo político, pero sobre todo lo marginal que es característico de la crónica.

## OBRAS CITADAS

- Alonso, Mercedes. "Historia de una institucionalización: la crónica-testimonio modelo, 1970-2005". *Textos Híbridos: Revista de estudios sobre crónica latinoamericana*. University of California, 2 de diciembre de 2012. Web. 29 de enero de 2015.
- Caparrós, Martín. "El sí de los niños". *Letras Libres*. Editorial Vuelta, diciembre 2005. Web. 20 de enero de 2015.
- Carrión, Jorge. *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*. Barcelona: Anagrama, 2012. Impreso.
- Carrión, Jorge. "Martín Caparrós: 'Nadie puede estar cerca de Borges. Sarmiento, en cambio, sí era humano'". JotDown. *Contemporary Culture Mag*. 16 de febrero de 2014. Web.
- Guerriero, Leila. "Filipinas: viaje al otro lado del mundo". *Revista Anfibia*. Universidad Nacional de San Martín, 2013. Web. 29 de enero de 2015.
- Hermoso, Lara. "Leila Guerriero: 'El Nuevo Periodismo es más viejo que el hambre'". *Cadena Ser*, 2 de noviembre de 2013. Web. 29 de enero de 2015.
- Nuevos cronistas de Indias*, Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. Web. 6 de septiembre de 2015.
- Poblete, Juan. "Crónica y ciudadanía en tiempos de globalización neoliberal: la escritura callejera". *Tras las huellas de una escritura en tránsito: La crónica contemporánea en América Latina*. Ed. Graciela Falbo. La Plata: Ediciones Al Margen, 2007. Impreso.